

LAS PLAZAS MENORES DE SOBERANÍA: CHAFARINAS, VÉLEZ Y ALHUCEMAS

Dionisio GARCÍA



L sur del mar de Alborán, de cara a la acantilada costa del Rif y en otros tiempos hostil nido de piratas, se alzan unos trozos del territorio nacional. Desconocidos para muchos de los propios españoles, el peñón de Vélez de la Gomera, las islas de Alhucemas (peñón de Alhucemas, isla de Mar e isla de Tierra) y las islas Chafarinas (isla de Isabel II, isla del Congreso e isla del Rey Francisco), eran hasta hace poco conocidas como las plazas menores de soberanía.

Todos estos territorios, que en su conjunto no suman más de tres km², son, junto con las ciudades de Ceuta y Melilla, los territorios españoles en el norte de África. Su diminuta extensión y su alejamiento de las rutas habituales de tráfico marítimo los hace hoy en día languidecer con pequeñas guarniciones militares que los custodian. Estos «presidios», como a veces se los llama haciendo referencia a su pasado como prisiones (aunque el término «presidio» en español hace referencia a las guarniciones militares que se mantenían en las fronteras, no necesariamente a prisiones), se encuentran hoy en día sin población civil que habite permanentemente en ellos, exceptuando algunos pescadores que de vez en cuando se acercan a sus puertos para intercambiar alimentos o bebida a las guarniciones españolas, o para refugiarse de alguno de los temporales del estrecho de Gibraltar. Antiguamente, estos tres territorios llegaron a disfrutar de una población y de una importancia muy superior a lo que de su reducida extensión se podría esperar. Siempre fueron parte del territorio español, dependientes de Ceuta y Melilla. No formaron parte del Protectorado que España tuvo en el norte de Marruecos desde 1912, y tras la independencia de este país, en 1956, quedaron como lo que desde hace cuatro siglos han sido, plazas de soberanía aisladas de las costas peninsulares.

Islas Chafarinas

El archipiélago de las islas Chafarinas se sitúa a 27 millas al este de Melilla, desde donde se puede contemplar, en días claros, la silueta de la isla del Congreso, y dista dos millas de la costa marroquí del cabo del Agua (Ras el Maa). Fueron ocupadas por España el 6 de enero de 1848, fecha en que el general Serrano desembarcó en ellas con tropas procedentes de Melilla y



Málaga, adelantándose por muy poco tiempo a los navíos franceses que, escasamente seis horas después, pretendían ocuparlas. Hasta entonces, a pesar de ser conocidas desde la antigüedad, habían permanecido deshabitadas, siendo por tanto *res nullius* (tierra de nadie), y la primera soberanía fue la española. El puerto de Chafarinas fue alabado desde entonces por su capacidad para albergar barcos y estar protegido contra las frecuentes tormentas del Estrecho. Chafarinas llegó a disfrutar de una importante población, y durante las guerras de Marruecos, a principios de este siglo, sirvió de hospital para los heridos en las campañas del Rif. Lo primero que se ve nada más aterrizar el helicóptero (que es el que lleva los suministros a las islas), es la plaza del General Valiño, con su iglesia al fondo, y las palmeras que cubren el paseo. La blancura de sus casas recuerda a cualquier pueblo de Andalucía, y rememoran las épocas en que existían aquí escuela y hospital para los más de 1.000 habitantes que tuvo en su época. Tan sólo la compañía donde habitan los soldados y la comandancia militar, un bonito edificio rodeado de palmeras, permanecen habitadas.

Pero existen otros habitantes en estas islas que las han hecho salir del anonimato; el más popular fue sin duda «Peluso», la única foca monje que habitaba entonces en las costas españolas. Fue este animal el que en 1989 hizo que la atención del público se volcara en este pequeño archipiélago; la operación de rescate para liberarle del aro metálico que oprimía su abdomen se hizo muy popular, hasta el punto de que la guarnición de la isla lo adoptó como mascota. Fue esta operación, llevada a cabo conjuntamente por el ejército e

ICONA, la que hizo descubrir la belleza biológica de estas islas. Son Refugio Nacional de Caza desde 1987 y se alberga la esperanza de que algún día sean declaradas parque nacional; no en vano acogen a una de las más importantes colonias de la gaviota de Audoin o gaviota corsa, especie en peligro de extinción, y gran número de gaviotas Argenteas. ICONA ha construido en la isla de Isabel II una estación biológica, donde viven un grupo de científicos dedicados a la conservación y vigilancia de los nidos.

Las Chafarinas todavía guardan signos de su anterior esplendor. Aún quedan los restos del puerto que se construyó entre la isla de Isabel II y la del Rey Francisco, que fue destruido por un temporal el 13 de marzo de 1914, y el faro de Chafarinas, aún hoy en funcionamiento y que es revisado de cuando en cuando por el farero de Melilla. Existen multitud de casamatas y fortificaciones desperdigadas por las tres islas, junto con dos viejos cañones de artillería de costa Ordóñez que recuerdan el belicoso pasado de estas tierras. Hoy en día, los únicos buques de guerra que visitan su puerto son los buques-aljibe de la Armada que suministran el agua y el carburante necesario para los generadores, sin contar los patrulleros, que de vez en cuando atracan en su puerto para visitar la guarnición y de paso hacer una buena cena que interrumpe la tranquilidad de la isla.

Las Chafarinas suponen para los soldados unas tranquilas «vacaciones» en sus tareas cuarteleras; no es raro verlos en su tiempo libre bañándose, charlando en el bar de la isla, «La gaviota», o practicando pesca...; pero su tarea también consiste en vigilar que los pescadores no entren en las aguas restringidas de Chafarinas (no es raro escuchar por las noches las explosiones producidas por la pesca con dinamita). Los pescadores de cabo de Agua visitan con frecuencia el puerto de Isabel II, ya sea para comprar o para vender pescado y verduras, que no vienen mal para completar el rancho de la guarnición.

Alhucemas

Al oeste de Melilla, en la bahía de Alhucemas, se encuentran tres islas, situadas a escasos 400 metros de tierra. Son el peñón de Alhucemas, la isla de Mar o afuera, y la isla de Tierra o adentro. Los romanos las conocían como *Ad sex insulae* y los rifeños las llaman *Hayerat: en Nekor* (peñón de Nekor). Pertenecen a España desde 1560, año en que el sultán Muley Abdalá el Galib Billah las cedió a Felipe II para su lucha contra los turcos; aunque solamente fueron ocupadas a partir del 28 de agosto de 1673 por el conde de Montescro. Antiguamente fueron nido de los piratas que asolaban las costas andaluzas, lo que llevó a su toma por los españoles. La única isla habitada es el peñón de Alhucemas (las otras dos apenas son rocas bajas con escasa vegetación) el cual, con sus abigarradas edificaciones y fortificaciones se yergue como un buque anclado en la bahía.

Con una superficie total que no sobrepasa los 15.000 metros cuadrados, en este pequeño trozo de tierra se guarda gran cantidad de historia. Fue antiguamente prisión y vio numerosas tentativas para ocuparla, así como una sublevación en 1838 de los prisioneros carlistas. Fue atacada por Abd el Krim tras los sucesos de Anual en 1921 y apoyó con sus piezas de artillería el desembarco que nuestro ejército llevó a cabo en 1925 en la bahía de Alhucemas. Llegó a tener más de 500 habitantes (e incluso una junta de arbitrios), en su mayoría pescadores, que fueron abandonándola poco a poco tras el fin del protectorado español en Marruecos.

La llegada al peñón en helicóptero fue poco menos que de infarto, pues fue necesario rellenar la antigua plaza que existía delante de la torre (muy bonita, por cierto), para crear una pequeña pista de aterrizaje donde apenas cabe, quedando sus aspas a escasos centímetros de la torre, lo que pone de manifiesto la pericia de los pilotos de los *Chinook*.

La torre de Alhucemas, resto de la antigua iglesia dedicada a San Agustín y a San Carlos (nombre de los navíos del conde de Montesacro, con los cuales ocupó la isla), y que permite contemplar desde lo alto una hermosa vista de toda la bahía, es lo más llamativo del peñón. Todavía uno se puede perder por sus estrechas callejuelas y sus fortificaciones para contemplar las huella de pasados combates. Una pequeña plaza con un monumento a los caídos recuerda toda aquella historia. Existen aún los antiguos calabozos y estancias subterráneas, uno de los cuales lleva a la «pulpera», el cementerio del peñón, levan-



tado sobre una pequeña roca anexa al mismo y que parece desafiar las leyes de la gravedad. Se accede a ella a través de una pasarela, que (con un poco de mala mar) es toda una aventura cruzar, pues las olas saltan por encima de ella. En el cementerio hay nichos excavados en la roca, cuyas lápidas recuerdan a los antiguos moradores de Alhucemas.

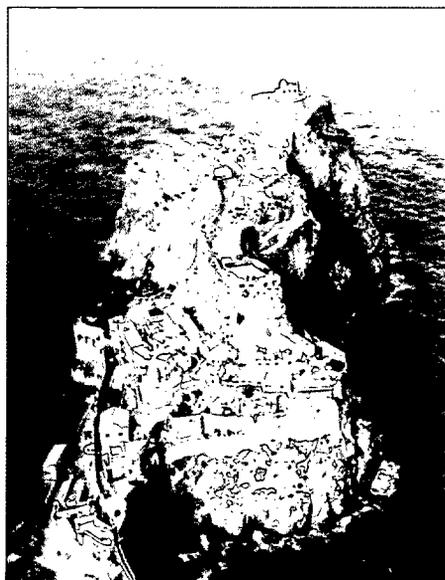
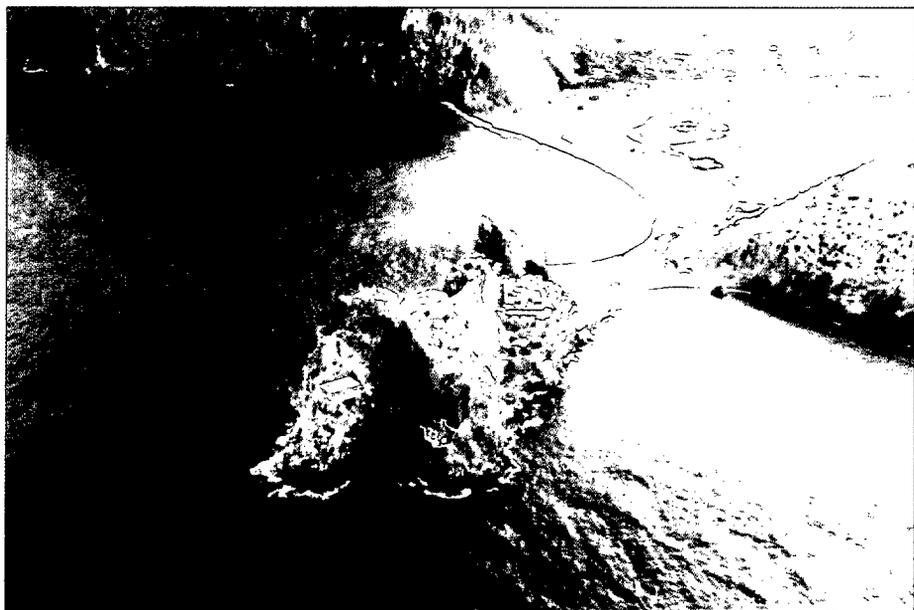
El peñón no posee puerto, sólo un pequeño fondeadero donde pueden aprovisionar al peñón los buques-aljibe. Enfrente mismo del peñón, en la costa, se alza el «Club Mediterráneo» de Alhucemas, donde cada verano se llena su playa de turistas que contemplan, entre perplejos y asombrados, la majestuosa figura del peñón; y que de paso permite a la guarnición alegrarse un poco la vista.

Las aguas del peñón son ricas en pesca, cosa que practican a menudo los soldados, y el paraje natural en que el peñón se halla permite una vista maravillosa.

Vélez de la Gomera

Tal vez sea la más sugerente y sugestiva de todas las «plazas menores». Se halla encuadrada en un paisaje abrupto y escarpado en la desembocadura del río Bades. Como muy bien dijo alguien, el peñón de Vélez «...es como un aguafuerte de Doré. La imagen más cierta del fuerte perdido de una novela de aventuras. El conde de Montecristo, por ejemplo, pudo muy bien haber penado allí».

Situado a unos 80 km al oeste de Alhucemas y unos 117 al este de Ceuta, el peñón surge de repente al doblar un cabo. Es un gran peñasco triangular, de unos 225 metros de largo y unos 77 de alto, unido por un minúsculo puente de madera a una isleta llamada de San Antonio. El peñón de Vélez de la Gomera, llamado así por una deformación de los nombres de Bades (la antigua ciudad que había en la costa) y la comarca rifeña de la Gomara, fue ocupado por España en 1508, cuando una expedición al mando de Pedro Navarro expulsó a los piratas que poblaban la zona y que saqueaban insistentemente las costas andaluzas y levantinas de la Península Ibérica. Fue perdido por el ataque de los piratas berberiscos en 1522, pereciendo degollada toda la guarnición al mando del capitán Villalobos, el cual, cuenta la leyenda, que fue seducido por una bella mujer musulmana que lo mató y permitió el acceso de las tropas del emir Mohamed. En 1564, tras varias tentativas frustradas, el peñón es vuelto a ocupar por los españoles. La vida de su guarnición nunca fue fácil, tan sólo un pequeño bergantín les unía con Málaga, que durante los ataques de los rifeños debía salir por una gruta existente debajo del puente de madera al amparo de la noche y bajo el amenazante fuego de los rifeños. Fue asediado en numerosas ocasiones, en 1680, 1701, 1755, 1781 y 1790, pero todas ellas consiguió resistir. Sufrió una epidemia de peste en 1743 y otra de fiebre amarilla

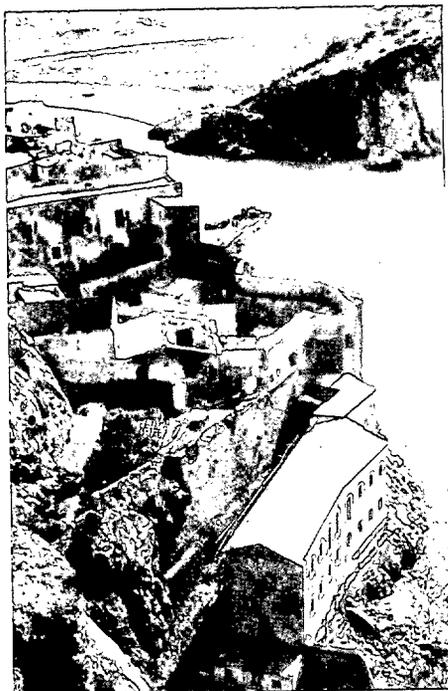


Vista desde un *Chinook* del peñón de Vélez de la Gomera. Obsérvese en lo alto la antigua pista de aterrizaje.

en 1851; a veces, la situación era tan desesperada que se permitía a los prisioneros escapar a tierra y así intentar sobrevivir a los rifeños. A pesar de todo ello, el peñón resistió todo lo que le echaron, incluso varias sublevaciones de los prisioneros... y de los soldados que los custodiaban. No es por ello extraño que, hace algunos años, un oficial de la guarnición, guiado por su curiosidad, encontrara un osario al derribar una pared, restos, sin duda, de los desdichados prisioneros que fueron a parar a aquella «isla del Diablo». En 1871 se elaboró en las Cortes un proyecto para abandonarlo y dinamitarlo, pero también a ello sobrevivió. Durante las guerras contra Abd el Krim, sus tropas cayeron en tromba sobre el peñón, debiendo la población civil y militar ser abastecida por submarinos de nuestra Armada en

uno de los episodios de las guerras de África menos conocidos.

A pesar de todo ello, más de 400 personas llegaron a vivir en él, tuvo su junta de arbitrios y fue puerto franco. Hoy solamente viven en él su pequeña guarnición y algunos civiles contratados que se encargan de su mantenimiento: panaderos, albañiles, fareros, etc. Gran parte del peñón se halla cubierto por restos de fortificaciones que antaño cubrían toda la isla. Subiendo desde la playa, que se formó durante una tempestad en 1934, pues antes el peñón era una isla, se accede a Vélez por una calle que serpentea a través de todo el peñón, hasta llegar a la corona, un hermoso baluarte circular pintado de blanco, que, como su nombre indica, corona a todo el peñón. En ella se encuentra una pequeña capilla abandonada, y permite desde su altura una hermosa vista de la acantilada costa rifeña, así como unos atardeceres en donde el cielo se vuelve rojizo; sin duda, una de las



En la foto, anterior a 1934, se puede apreciar que el peñón de Vélez todavía era un islote separado del continente.

más hermosas vistas que en España se pueden contemplar. Paseando por la calle central encontramos pequeños recordatorios de la historia de Vélez: el pequeño monumento construido por la guarnición a los caídos; calabozos sellados y cerrados por enormes verjas que, sin duda, esconden misterios en su interior (pues todo el peñón se halla horadado); la plaza del Mercado, donde antiguamente se repartían los alimentos y donde hoy se reúne la guarnición para izar la bandera; la pequeña plaza de Ceuta, hecha por los regulares, con el escudo de la ciudad realizado con piedras pintadas; la muralla que recorre la parte norte del peñón, con su puente levadizo y los restos de antiguas estancias subterráneas; el rincón de España, con una pequeña placa que reza así: «En memoria de los que amaron esta roca solitaria y en sus profundidades huecas duermen».

El cementerio, situado al lado del faro, casi colgado de la roca, alberga los restos de sus antiguos moradores, entre ellos, los del único farmacéutico militar muerto en las campañas del Rif.

La guarnición vive en las casas que aún quedan en pie en torno a la plaza del Mercado. Gracias a las obras que se realizan, se están habilitando más

D. GARCÍA

edificios que mejorarán la vida de los hombres. En el edificio que hace de comandancia, existe un pequeño mirador, llamado «la Pérgola», desde el cual se divisa una vista preciosa de toda la playa de Bades.

Las historia trágica y heroica de estos peñones los convierte en verdaderos monumentos nacionales, y tan sólo su aislamiento, tanto físico como informativo, les impide darles a conocer como curiosidades del Mediterráneo, como auténticos restos de la historia de España.

